

## LA CONSTRUCCIÓN DEL ETHOS SOCIAL Y SU DECONSTRUCCIÓN: DOS CARAS DE LO CÓMICO.

Andrés García Costoya. Universidad Católica de Murcia.

Esta comunicación va a profundizar sobre el fenómeno del humor, y en concreto, sobre la doble vertiente de lo cómico como constructor, por un lado, y destructor, por el otro, de usos sociales y comportamientos intersubjetivos.

Del fenómeno del humor se puede mantener que juega un papel universal por el que, mediante una cierta relativización, invita al pluralismo. Porque al decir humor hablamos de una cierta percepción o valoración de la realidad que se efectúa desde un punto de vista basculante o, al menos, dispuesto a la recolocación, como los muñecos tentempiés.

El acervo popular dice de muchas e ingeniosas maneras que el humor es una disposición casi imprescindible para el común entendimiento y la sociabilidad, así como el último recurso para evitar el conflicto en caso de la no-comprensión o el enfrentamiento directo, antes de llegar a la violencia o la desesperación. Además puede ser aplicado tanto a la relación dialógica o sociológica como a la propia relación monológica, es decir, de uno mismo con sus avatares; favorece la propia comprensión o incluso la dotación de un sentido allá donde parece que no cabe ninguno. “No te lo tomes tan en serio”, nos recomiendan nuestros amigos cuando algún asunto difícil amenaza con paralizar todas nuestras vertientes operativas.

Sin embargo, me voy a limitar a la dimensión de la relación social, y en concreto a la paradoja suscitada por la siguiente situación, aplicable quizá a toda cultura: por un lado, tenemos que el humor definido cultural y socialmente de una manera determinada en cada comunidad, sirve como garante de la cohesión de comportamientos y caracteres que tal grupo de personas requiere para el mantenimiento y la estabilidad de las propias normas de convivencia, y, en fin, para la propia supervivencia de la identidad de la comunidad. Por otro lado, el humor también sirve para hacer caer del lugar preeminente a esas mismas normas de convivencia, puesto que si se absolutiza su carácter configurador es inevitable que en ocasiones los mecanismos chirríen; así tendríamos que, en general, querer aplicar la estricta norma en casos límite se convierte habitualmente en ridiculez. Y estos casos límite pueden llegar a ser, si la norma se aplica con la suficiente rigidez, casi todos los que no son el caso para el que la norma fue pensada. Cada uno tiene experiencia –padecida o contada por otros– de las absurdas situaciones que se producen, en la burocracia, por ejemplo, al querer aplicar las más abstrusas reglamentaciones y protocolos a asuntos para los que el sentido común exige simplicidad y rapidez.

Es posible que el único modo cabal de organizar algo medianamente complejo sea el de determinar unos casos generales y aplicarles un modo correcto de actuación. Pero esto

tiene sus riesgos: la cara oscura de la norma es que no ajusta perfectamente con la compleja variedad de situaciones posibles, y sobre todo con las imprevisibles. Quizá por esto Aristóteles abogó por la prudencia, que como arte requiere de una cierta novedad al enfrentarse con toda la extensa gama de situaciones; dado que éstas, por su esencial combinatoriedad, son imposibles de catalogar de un modo legalista y ajustado completamente a la letra.

No quiero dejar de apuntar, aunque excede los propósitos de esta comunicación, que con el mecanismo del ridículo se puede apostar aún más fuerte; esto es, además de poner en solfa los cimientos de los usos y costumbres de cada cultura, se proyecta el desafío al plano transcultural: dinamitando las mismas columnas de la racionalidad, y haciéndonos girar en un loco recorrido excéntrico, desde el que se observan las luces y sombras de la síntesis pasiva, en terminología de Husserl, en la que el hombre —como ser humano y como ciudadano—, es colocado desde su nacimiento. Esto sería ya una risa metafísica, una puesta en cuestión absoluta. Porque el que ríe absolutamente, por encima del Logos, se aparta en cierto modo del género humano, y aparece casi como un semidiós, por encima del bien y del mal, como paladín de la gaya y alegre ciencia. Es el culmen de la irresponsabilidad, porque no hay nada de lo que responder. Ni nadie ante quien responder: ninguna autoridad que merezca nuestra excusa. El niño que juega y ríe está sólo en la arena. De manera que el hombre que se atreve a poner en solfa los tabúes indiscutibles que fundan la racionalidad se convierte en el superhombre nietzscheano, o el mendigo de Bataille: seres superiores, pero aislados. Y la conciencia social cataloga a esta risa como la carcajada salvaje del loco.

Tenemos, pues, desde el punto de vista cultural, una risa configuradora y una risa desfiguradora. Y podemos decir que los dos tipos de risa —la que cuestiona al sujeto que se sale de la norma y la que cuestiona la misma norma—, son correctoras, pero no de la misma manera. Porque una cosa es corregir lo que se sale de la norma: lo que implica un número relativamente reducido de correcciones, con un efecto de redireccionamiento al camino preestablecido a base de pequeños golpecitos. Y otra cosa es corregir —o, más bien, extraer de su contexto, cosificar o desnudar al objeto de chanza, en este caso la costumbre o la ley— de manera que lo que realmente hacemos es ver un universo de discurso desde otro universo independiente; y entre los dos hay una cierta inconmensurabilidad, dado que funcionan con diferentes lógicas<sup>1</sup>. De manera que el que se ríe del que hace algo fuera de lo normal está reintegrando al sujeto objeto de la risa en la sociedad, y por tanto está adoptando una función social de controlador e incluso, acogedor; esta función se efectúa sin poder ejecutivo, pero el poder influyente le da una gran capacidad de transformación. La vergüenza que provoca la risa ajena es un freno inmediato para la insistencia en el comportamiento ridiculizado. Es decir, que indirectamente están configurando unos modos de actuación, privilegiándolos frente al resto de los posibles.

<sup>1</sup> El sociólogo Alfred Schutz denomina a estos universos de sentido parcelas finitas de significado, aplicándolo a lo sagrado y a lo cómico, y en contraposición a la realidad predominante de la vida cotidiana. Cfr. Berger, P., *Risa redentora*, Kairós, Barcelona 1999, p. 119.

Pero podemos decir también que ser objeto de la chanza de una sociedad equivale en cierta manera a ser aceptada por ella: se forma parte de un nosotros-que-nos-conocemos<sup>2</sup>. (Ante el total desconocimiento la emoción dominante, sin duda, es el temor o la desconfianza, pero no la risa). Y a la vez lo cómico define quién está dentro y quién está fuera, mediante el hecho de compartir un sistema simbólico: “Una cultura de lo cómico puede describirse simplemente como el conjunto de las definiciones de las situaciones cómicas, los roles cómicos y los contenidos aceptables de lo cómico propios de cualquier grupo social o sociedad.”<sup>3</sup>

En cambio, el que ríe de las normas y costumbres se está autoexiliando –al menos momentáneamente– de la comunidad; y la comunidad castiga a los que la desafían, si llega el caso de que pongan realmente en peligro sus estructuras.<sup>4</sup>

Voy a acudir en primer lugar a Baudelaire para poner de manifiesto la poca importancia que, a mi entender, se ha dado a la dualidad de la risa de carácter social, en favor de la distinción, más rotunda, entre la risa absoluta y la risa significativa. No voy a entrar en el asunto del origen satánico de la risa, algo que Baudelaire considera de suma importancia. En cambio, si me parece pertinente aquí la diferenciación que establece entre lo cómico significativo y lo cómico absoluto<sup>5</sup>, porque es a través de esta diferenciación donde se polarizan los conceptos, y donde parece que de alguna manera se cierra la posibilidad a distinciones más sutiles, y sin embargo importantes.

En primer lugar tenemos lo cómico significativo. Aunque Baudelaire no da una definición concreta, podemos extraer de los textos que es una risa producida desde el orgullo, y del hombre contra el hombre: es decir, una risa definida por el ridículo. Baudelaire incluye aquí la risa producida por la comicidad de las costumbres, con profusos comentarios sobre caricaturas de la época, que conciernen generalmente a tipos o roles sociales; pero creo que no diferencia suficientemente ésta de la comicidad del que no sigue las costumbres. Cuando alguien hace o deja de hacer lo *conveniente* pueden surgir, entre otras cosas, la risa. (También podría ser la indignación, la pena, la ira, etc.) Pero vamos a enfocar la cuestión de lo conveniente con un ejemplo: Yo puedo venir a este congreso vestido de romano, pero bajo pena de quedar en ridículo: salvo que hayamos convenido previamente que venimos todos con toga y laureles, o que cada uno viene disfrazado como le parece. Si no hay esta convención, este pequeño “contrato social”, y además aparezco como quiero con cierta frecuencia, seré tomado por un excéntrico; esto es, algo que no gira respecto de un centro, sino de una manera más o menos aberrante<sup>6</sup> respecto de la órbita circular. Porque cada cultura tiene unos parámetros de comportamiento,

<sup>2</sup> Cuenta Geertz que, “en Bali, ser objeto de chanzas es ser aceptado”, a propósito de que fueran repentinamente admitidos en una aldea balinesa, después de una redada en la que él y su mujer huyeron como el resto de los vecinos: “Nos pedían una y otra vez que les diéramos detalles (...) siempre haciéndonos objeto de chanzas (...) esa gente (...) nos remedaba risueñamente e imitaba nuestro desgarrado modo de correr y lo que, según ellos, eran nuestras expresiones faciales de pánico.” Geertz, Cl. *La interpretación de las culturas*, Gedisa, Barcelona, 1992, p.342.

<sup>3</sup> Berger, op.cit., p. 124.

<sup>4</sup> Desde luego, una de las cosas que quedan claras del carácter de Sócrates en los Diálogos es que le gusta mucho tomar el pelo a los sofistas. Porque para éstos, -que no se guían por el principio del saber sino por el de la consideración social-, ser puestos ante sus contradicciones no es una alegría, como debería serlo para el amante de la verdad, sino una situación penosamente ridícula. Y lo demuestran enfadándose mucho.

<sup>5</sup> Baudelaire, Ch. *Lo cómico y la caricatura*, Visor, Madrid 1989, p. 28 y ss.

<sup>6</sup> Excéntrico: Se aplica a lo que está fuera del centro que se considera; aplicado a personas, se dice de la persona que se comporta habitualmente de manera rara, así como de las cosas raras que hace. Tomado del diccionario María Moliner.

creencias y mitos<sup>7</sup> respecto de los cuales se definen unas actuaciones, y salirse de tales, en ciertas ocasiones, es corregido socialmente por la risa de los congéneres.

No es necesario que estos parámetros estén definidos de una manera exhaustiva o enciclopédica. En palabras de Taylor, “(Hay unas) pautas de la acción *adecuada*, es decir, la acción que está de acuerdo con una percepción de lo que es adecuado y correcto. Un agente con este tipo de comprensión reconoce cuando (él u otros) “han metido la pata”. Las acciones son susceptibles a este sentido de lo correcto, pero las “normas” pueden estar bastante poco formalizadas, o sólo de una manera fragmentaria.”<sup>8</sup>

Con respecto a lo cómico significativo, y centrados en este aspecto de lo cómico como dualidad entre la ridiculización de las costumbres y la ridiculización de aquel que se salta las costumbres, podemos constatar que tampoco Bergson acaba de establecer esta diferenciación. Bergson considera como fundamental en su ensayo “Sobre la risa”<sup>9</sup>, en consonancia con sus teorías sobre el élan vital, que todo lo que no se mueva o evolucione con una fluidez y una adecuación a las circunstancias —siempre cambiantes— es digno, cuando menos, del escarnio. Así el que resbala con una piel de plátano en la calle es merecedor de una sonora carcajada, puesto que no ha estado atento al fluir de la vida y a los cambios en las circunstancias. Se ha dejado llevar por un perezoso automatismo que le ha llevado a comportarse como si fuera una cosa, un engendro mecánico. Los objetos y mecanismos que provocan la risa mantienen, para Bergson, una característica común: la de tener un carácter maquina, de resorte o muelle. Así merece la risa ajena aquel que se mueve con movimientos automáticos, repetitivos, o en general, faltos de espíritu.<sup>10</sup> La risa de los otros castiga al torpe, al lento, al enquistado, y no sólo tenemos el derecho, sino que reírse con esta feroz carcajada parece, para Bergson, casi una obligación; un favor que hacemos al desgraciado para promover su enmienda a través de la poderosa arma de la vergüenza.

Sin embargo, para Bergson esta risa puede ser aplicada, —aunque se llame de corrección social—, tanto al sujeto que no se comporta como debe como al uso o costumbre que de alguna manera ha perdido su adecuación original y rechina como un cacharro oxidado. No parece, por tanto, que distinga tampoco los dos aspectos de la risa *social*. Pero de nuevo parece que hay motivos para diferenciarlas claramente, aunque a grandes rasgos puedan ser incluidas bajo el mismo paraguas. En primer lugar, porque los fines difieren: una corrige al individuo en el entorno social; la otra corrige el entorno desde el individuo como parcela de autonomía. En segundo lugar, porque los efectos también divergen, en el primer caso se produce un incremento en la estabilidad del sistema, y en el segundo caso una puesta en cuestión, un momentáneo desequilibrio del sistema.

<sup>7</sup> El de hoy en día es la ciencia. Copérnico hizo el ridículo en su tiempo, hasta que la ciencia moderna le dio la razón. Pero ¿quién puede decirle a un griego que la Tierra no es el centro del universo, si éste, la bóveda celeste, se define por ser lo que rodea a la Tierra?

<sup>8</sup> “this understanding (...) is carried in patterns of appropriate action, that is, action which conforms with a sense of what is fitting and right. An agent with this kind of understanding recognizes when they or others “have put a foot wrong”. Their actions are responsive throughout to this sense of rightness, but the ‘norms’ may be quite unformulated, or only in fragmentary fashion.” Taylor, Charles. “The dialogical self”, p. 62. La traducción es mía.

<sup>9</sup> Bergson, H. *La risa*, Espasa-calpe, Madrid 1973.

<sup>10</sup> Y por esto la imitación cómica de los caracteres se basa en la representación de los rasgos que se han hecho característicos de alguien, merced a la repetición: los mismos rasgos que le definen son los que, representados por otra persona, le ponen en ridículo: ya son demasiado suyos, se ha perdido el control sobre el propio movimiento. Cfr. Maillard, Ch. *La razón estética*, Laertes, Barcelona 1998, p. 118

En tercer lugar, a efectos de las consecuencias futuras, el ridículo de una persona afecta a su propia autodefinición y autoimagen, pudiendo darse el caso de un auténtico perjuicio en el nivel personal; esto es, puede llevar al aislamiento, al menos temporal, o en todo caso a la sensación de no aceptación “inter pares” por el grupo; de alguna manera la víctima queda rebajada. Sin embargo, paradójicamente, el descrédito que provoca la ridiculización de alguna institución, norma o uso parece aumentar la cohesión personal entre los interlocutores. Todo el mundo sabe que uno de los modos más efectivos de empezar una conversación con un desconocido es sacar punta a la clase política, al funcionamiento del gobierno, la burocracia, la economía o a nuestros infames famosos.

En cuarto lugar, tenemos que podría interpretarse que la risa integradora es un terreno propicio para la actitud etnocentrista dura, puesto que, si de suyo, crea las condiciones para distinguir y castigar las salidas de tono respecto de las expectativas, mucho más lo hará al interpretar los usos y costumbres de otras culturas. Si se puede hacer chanza de lo que difiere de lo esperado es porque se tiene una idea clara y distinta de lo que se debe esperar. Por tanto, no es difícil que a ciertas mentalidades se les ocurra que cualquier otro modo de hacer las cosas está desviado, poniendo de esta manera las propias normas y costumbres como absolutas, aunque sea inconscientemente. Esto es, se puede perder la capacidad de ponderación racional de “lo otro”. Cito al Conde de Shaftesbury:

“En efecto, un hombre puede estar tan perturbado y tan confuso con las diferentes modas de opinión, con los diferentes sistemas y esquemas (sucesivamente) *impuestos por la autoridad*, que puede perder completamente toda noción o comprensión de la *verdad*”<sup>11</sup>. Con este término “verdad”, según el contexto, se está refiriendo el Conde a algo mucho más cercano al sentido común que a un sistema de verdades dogmáticas.

En el polo opuesto, tenemos que la risa “deconstructora”, al poner en la picota los propios usos, se está abriendo implícitamente a la consideración de otras maneras de comportamiento; jugando con una cierta relativización de los propios esquemas de percepción o comprensión, pero sin llegar a un relativismo total; esto es, una interpretación en la que todos los comparados tienen la misma validez, es decir, a la postre, ninguna. Por medio del humor relativizador la inteligencia se está abriendo a la comprensión de una manera equilibrada: “el humor, como inteligencia afinada pertinente,... (es) más eficaz que cualquier forma fanática de antifanatismo.”<sup>12</sup> Un relativismo total sería la forma fanática del antifanatismo, un enquistamiento en la posición de rendición de la inteligencia comprensiva que cierra toda posibilidad de discusión y de puesta en común: es decir, el más cerrado de los dogmatismos, si entendemos “dogmatismo” como el mantenimiento de una postura inamovible y clausurante a la reconsideración de sus presupuestos. Pero una cierta relativización de los propios usos sociales invita a la comprensión de otras culturas, por cuanto todas comparten una cierta provisionalidad o no-necesidad en sus determinaciones.

Para concluir, quiero recalcar que hay diferencias de peso entre las consideraciones del humor social que Baudelaire omite. Y, por otro lado, parece claro que el éxito que tuvo su segunda interpretación de lo cómico, lo cómico absoluto o grotesco, llevó a obviar la

<sup>11</sup> Shaftesbury, *Sensus communis. Ensayo sobre la libertad de ingenio y humor.*, Pre-textos, Valencia 1995, p. 164.

<sup>12</sup> Idem, estudio introductorio de Agustín Andreu, p.76.

existencia de esta dicotomía dentro del humor social. En efecto, el humor ante el vacío, “el vértigo que ha hecho irrupción, que se respira”<sup>13</sup>, la risa como emergencia del ser sobre el sentido, ha sido un concepto muy afortunado y merecidamente puesto de relieve para encuadrar las tesis de la posmodernidad y apoyar el derribo de las metafísicas dogmáticas, sobre todo tras la aportación de Nietzsche. Pero no debe ser entronizado al precio de olvidar que lo cómico también juega un papel esencial en la configuración de lo más concreto y cercano: por un lado con nuestra propia incardinación en una cultura –que marca nuestro acceso cognoscitivo y valorativo al mundo–, y por otro con la apertura a la comprensión de otras culturas.

\*\*\*

Andrés García Costoya  
Universidad Católica de Murcia  
Avenida de los Jerónimos, s/n  
30107 Guadalupe (Murcia)

---

<sup>13</sup> Cfr. Baudelaire, *Lo cómico y la caricatura*, p. 45.